

EL TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO SOBRE GRAVES PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

POR

BERNARDO MONSEGÚ, C. P.

(Jacques Maritain el del "Humanismo integral" y "Una nueva cristiandad laica", grita ahora como *Campestino del Garona* contra el neomodernismo y el temporalismo que azota la Iglesia).

SUMARIO: El hijo del siglo.—Frente a una crisis de neomodernismo.—Confusionismo verbal e ideológico.—Mundo y mundanismo.—Los laicos y el mundo.—Antes verdad que eficacia.—Antievangélico y anticonciliar.—Cosas tristemente regocijantes.—Duro juicio contra Teilhard y el teilhardismo.—Nefastas consecuencias del teilhardismo.—No hay disculpa que valga.—Vana apelación a la misión temporal del cristiano.—Cómo ha de entenderse la misión temporal del cristiano.—Como extranjeros en la tierra y ciudadanos del cielo.—Para superar riesgos y peligros.—Vida interior.—Levantando los ojos al cielo.—Por qué apelar tanto a la vida interior.—El buen combate en nombre del Concilio.

El testigo del siglo.

Maritain, este viejo y empedernido laico, como él se llama; este *testigo del siglo*, como le llama Guitton; éste que trocó la morada de las grandes ciudades, como París, Roma y Nueva York, por la habitación recoleta y humilde de los Hermanitos del Padre Foucauld, dando ahora a la oración y la penitencia lo que antes dio a la cátedra y al mundanal ruido, va y, ¿qué hace?

Escribir un libro, rompiendo el silencio en que voluntariamente se ha encerrado, para decir, cruda y valientemente, lo que pien-

BERNARDO MONSEGU, C. P.

sa de este nuestro mundo de hoy; y decírselo a los que usan y abusan del Concilio para congraciarse con el mundo de hoy, dando muestras de no tener más espíritu cristiano.

No, no es éste el camino, dice; no es éste el auténtico espíritu de la Iglesia conciliar. Hay que ponerse en guardia y reaccionar contra esta manera de interpretar y de aplicar las enseñanzas conciliares.

¡Y qué cosas dice y cómo las dice este viejo laico! Desde luego, sin miramiento ni precaución, como un campesino del Danubio "que mete los pies en el plato y a cada cosa la llama por su nombre". Pero, al mismo tiempo, con mucho conocimiento y aplomo, adoptando con frecuencia el aire de maestro y de cátedra a que está acostumbrado.

Su modo de decir resulta un tanto desgarbado ya, con muchos incisivos y paréntesis. No en balde pasan los años. Pero la frescura, viveza y profundidad de pensamiento son las del Maritain de los años mozos o de los años ya maduros, del que nosotros sabemos por sus libros *Le degré du savoir*, el *Humanisme Integral* y *La Philosophie bergsonienne*, y al que conocimos y saludamos personalmente allá por los años 1933 y 34, cuando nos daba conferencias en el *Angelicum* de Roma, invitado por su amigo el célebre teólogo dominico Padre Garrigou-Lagrange, al que Maritain rinde tributo en este mismo libro.

Con razón François Mauriac, siguiendo el diapasón de Guitton, nos dice que se bebe la lectura del libro de Maritain como si fuera leche. "Sí, la leche que hay que beber cuando uno tiene miedo de quedar intoxicado, si no está ya envenenado".

Se pueden tolerar todos los cercenamientos que se quieran —añade— en nuestra liturgia; se puede admitir que surja otra clase de curas para otra clase de iglesia; pero lo que no se puede consentir es que nos vengan a predicar otra fe. Y me pregunto: "¿Hasta qué punto esas alteraciones exteriores no delatan una alteración de la fe?" He ahí por qué saludamos con alborozo el libro del "laico octogenario", que sale por los fueros de la *verdad*, en defensa de la *pureza original de la fe*. Es un consuelo "cuando

pensamos en tantas cabezas alocadas del clero regular y secular" (1).

Frente a una crisis de neomodernismo.

Para los adoradores de los tiempos nuevos, para los que presumen de contraponer la mentalidad laica y carismática, que dicen haber hecho surgir en la iglesia los incubadores del Vaticano II, a la otra clerical y jurídica, típica de los que hicieron Trento o el Vaticano I, la voz de un laico, que ellos veneran como un santón y al que, desde luego, hay que reconocer un carisma de mucha ciencia y hasta de mucha piedad —me estoy refiriendo a Maritain—, tiene que tener indudablemente mucho peso y autoridad. Acaso consiga él lo que ni el Papa consigue frente a ellos: que se convenzan de que la Iglesia padece hoy una grave crisis. Y precisamente por culpa de ellos, de los que en nombre del espíritu conciliar tratan de meter el espíritu del mundo en la Iglesia, y en nombre de la eficacia y la actualidad dejan maltrecha la integridad y la pureza inmarcesible de la fe.

La crisis existe. Maritain lo dice bien alto. Y apunta derecho al objetivo. Crisis de fe y de costumbres, de obediencia y de vida interior, de respeto al pasado y de falta de sentido del *aggiornamento* o renovación, que el Concilio ha querido provocar y promover. El Concilio merece una acción de gracias por todo lo que ha enseñado y ha decretado. La intención pastoral que le ha presidido ha sido providencial, y es indispensable tenerla en cuenta para aquilatar sus enseñanzas. Su misión renovadora consistió en despertar una conciencia más viva y evangélica de lo que es la Iglesia, cambiando actitudes de corazón más bien que definiendo nuevos dogmas.

Por lo demás, ¡válgame Dios!, exclama Maritain, ¿no estaban ya los dogmas bien definidos? Y de sobra es sabido que las nuevas definiciones dogmáticas, si explicitan y completan, no cambian

(1) Véase *Le Figaro Littéraire* del 3 y 10 de noviembre de 1936.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

en nada lo antes definido. La doctrina de la Iglesia ¿no estaba ya tan firmemente establecida y con tanto acierto como para permitir progresar indefinidamente sobre base segura, teniendo en cuenta lo dicho por anteriores Concilios y por un trabajo de siglos? ¿En qué cabeza cabe, si recibió una vez la fe teológica, pensar tanta tontería como imaginar que certezas eternas puedan ponerse en tela de juicio, abriendo ante ellas dudas e interrogantes, y condenándolas a perecer en la turbonada del tiempo?

Y, sin embargo, es todo lo que está sucediendo. Con un diálogo mal llevado, en el que la estulticia humana se antepone a la fe divina, la razón trata de suplantar a la revelación, la inmanencia y el temporalismo de acabar con la trascendencia y el absolutismo de la verdad. Estamos en pleno *neomodernismo*.

Nuestros modernistas libran una gran batalla entre su duda y su nostálgica aspiración u obstinación. Sus entrañas se estremecen de misericordia por el mundo moderno, al que quisieran refundir en una religiosidad que les parece la mejor defensa contra el ateísmo que nos avasalla. Y se necesitan Dios y ayuda para salvar la fe en Jesucristo con este régimen mental que es esencialmente incompatible con la fe. “¿Nos extrañaremos, pues, de que haya modernistas que se creen con la misión de salvar por medio del mundo moderno a un cristianismo agonizante, ese *sw* cristianismo que agoniza? De ahí el agotador trabajo de evacuación hermenéutica a que se entregan como buenos soldados de Cristo. Y su fideísmo, aun siendo tan contrario a la fe cristiana, resulta, sin embargo, testimonio sincero y desgarrado, rendido a esta fe” (pág. 22).

Esta atención misericordiosa, prestada por el neomodernismo al mundo, tiene otro curioso punto de vista. Hay que notar, en efecto, que si un gran número de jóvenes cristianos, clérigos y laicos, se sienten fascinados por la acción temporal hasta tal punto que *sólo* ella cuenta a sus ojos, y se lanzan con pasión a la empresa de secularizar totalmente su cristianismo —¡la tierra sola nos basta ya!—, el motivo fundamental, sin embargo, al que dan ciegamente una prevalencia absoluta, es en realidad el de hacer entrar en la historia el testimonio del Evangelio. “Una jugarreta

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

más de la naturaleza humana: es con una fe atormentada, mal esclarecida al máximo, pero una fe sincera en Jesucristo, como ellos traicionan el Evangelio a fuerza de querer servirlo a su manera" (pág. 23).

Nos hallamos en lo que Maritain denomina la cronolatría epistemológica de nuestro tiempo. Ha llegado el tiempo anunciado por San Pablo (*erit enim tempus...*) en que no se mantendrá la sana doctrina. En todo tiempo —dice el *campesino del Garona*— aconteció algo de esto. "Pero, a decir verdad, nos parece que es el nuestro el que bate el *record* en este punto". Hay como un prurito de modernizarse, de ponerse al día, de rendir tributo a lo que el mundo de hoy adora. Los oídos de muchos fieles y clérigos se vuelven a las fábulas, *epi tous mythous*, escribe San Pablo, a los mitos (ahí va la palabreja esa de la que hoy se hace tanto consumo). Pensemos sobre todo en el mito de la desmitificación (pág. 26). Hay una como "fijación obsesiva sobre el tiempo que pasa, la cronolatría epistemológica". "Bajo una forma u otra es siempre la adoración de lo efímero, sea para ser devorado en sí, sea para aceptar a cierra ojos lo que él ha engendrado, siempre en mi línea personal, hasta que me toque a mí su vez el turno", lo que constituye el síntoma más alarmante de esa gran enfermedad de los tiempos de que nos habla San Pablo.

Confusionismo verbal e ideológico.

Y junto a este síntoma, el otro de nuestra gran logomaquia o logofobia. Se ponen en cuarentena o se denigran no sólo las más fundamentales nociones o conceptualizaciones teológicas, sino hasta las más elementales nociones de la vida y la convivencia humana. Y cuando esto acontece "es que todo el mundo comienza a perder la cabeza" (pág. 29).

Con una Gran Sofística, los herederos de Descartes ponen entre paréntesis la realidad metafísica y la objetividad de los dogmas, y se da culto a un fenomenalismo corrosivo que siembra la duda en todo y entroniza, como método de investigación filosófico

BERNARDO MONSEGU, C. P.

teológica, el matematismo y la *verificación*. Lo *verificable* es lo verdadero; de ahí las técnicas y las estadísticas con que algunos teólogos y apóstoles de la nueva hora o *nueva ola* pretenden resolver el problema de la verdad y de la vida religiosa.

La tecnocracia que padece la cultura occidental se muestra despectiva con los discursos de la razón, los dictados del sentido común y el peso, que dice muerto, de la tradición. Y al mundo que llega retrasado a los confines de nuestra civilización tecnológica, no se le ofrece más que esta ciencia de los fenómenos y, con ella, el poder sobre la materia, un sueño loco de dominio perfecto de las cosas visibles e invisibles, porque junto a ello va "la abdicación del espíritu renunciando a la Verdad por la Verificación, a la Realidad por el símbolo" (pág. 37).

Con una ansia ecuménica mal entendida no sólo nos abrimos en caridad a los hermanos separados, a los ateos, incluso —cosa que no está mal—, sino también con condescendencia y claudicación ante sus problemas. Los hay entre los nuestros que quieren abrirse, sin distingos ni reservas, a todas las *corrientes contemporáneas*. Cosa difícil, "porque hay de todo en esas corrientes, que por eufemismo se llaman a veces "corrientes de pensamiento". El neomodernismo de que vamos hablando es una de estas corrientes más activas".

Se involucran y confunden además cuestiones y actitudes. Del plano ontológico se pasa al ético, del religioso al político, del cosmológico al soterológico, del científico al ascético. Y, así, lo que vale del mundo cuando se le enfoca ontológica y científicamente se pretende hacerlo valer en el orden religioso y moral, con lo que la antinomia cristiano-mundana queda mal resuelta y peor aplicada.

Hay una *ambivalencia* fundamental en el mundo con respecto al reino de Dios, que si no se tiene en cuenta no se puede trabajar debidamente por el triunfo del reino de Dios.

Mundo y mundanismo.

El mundo y lo mundano no pueden aceptarse así, sin más ni más, olvidando que hay en el Evangelio palabras de auténtica condenación para el mundo, recuerda Maritain. El mundo es susceptible de una doble consideración y hay que saber distinguir para unir como conviene. El cristiano no se puede unir de cualquier manera al mundo. Menos todavía si es clérigo.

A la luz del Evangelio se descubre en el mundo mucho de reprochable, y los que profesan el Evangelio están en el deber de tenerlo bien presente. Y si se empeñan en cerrar los ojos a su luz, caerán en el abismo y precipitarán a muchos en él. Y todo acontecerá con mucho daño para la causa de Cristo, que es también la de la Iglesia.

Evangélicamente, tanto mal puede decirse del mundo como bien. Y Maritain, Escritura en mano, se dedica a comprobarlo en un largo capítulo de su libro, el que versa sobre *el mundo y sus aspectos contrastantes*. Ontica y físicamente el mundo no es malo. Tampoco lo son sus leyes y estructuras. Al fin se trata de una obra de Dios. Tampoco es de suyo mala la ciencia ni la técnica.

Pero en la obra del hombre (y por lo que hacen los hombres se toma en general el mundo en el Evangelio) puede haber mucho malo porque hay hombres malos. El mundo son también los hombres mundanos y perversos. Dicho en breve, el mundo en cuestión y contra el que se da la voz de alerta es el mundo cara a Cristo y su Evangelio, el mundo en relación al reino de los cielos. Si acepta la doctrina y la moral de Cristo, el mundo es bueno. Si las rechaza, es malo. ¿Puede decirse que, en general, acepta el mundo de los humanos conformarse y regularse según las normas del Evangelio, encaminándose hacia el reino de los cielos? Respondan la historia, la observación y la experiencia de cada uno.

El cristiano que, sin más ni más, se entrega al mundo y se deja absorber por él, cayendo en un optimismo ingenuo, olvida algo muy especial al Evangelio; y ese olvido le convierte en una sombra de cristiano, dice Maritain. Ni acepta la doctrina ni acepta

BERNARDO MONSEGU, C. P.

la experiencia de Jesús. Sólo el mundo que se abre a Cristo y acepta ser configurado a su imagen, metiéndose en un orden cristiano, es el que merece la plena aceptación del discípulo de Cristo. Si se reconcentra sobre sí y se niega a aceptar el Evangelio, no puede entonces ser aceptado. Es palabra de Dios.

La amistad con el mundo como tal es contraria a la amistad con Dios. Y quien así se hace amigo del mundo, dándose a sus cosas y a sus ocupaciones, ya de progreso técnico, ya de justicia social, con olvido del fin último, que subordina así todos los otros fines relativos del mundo, se convierte en un adúltero. "Adúlteros —nos recuerda Maritain con Santiago Apóstol (2)—, ¿no sabéis vosotros que la amistad con el mundo es incompatible con la amistad con Dios? El que quiere ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios".

¿Llamarnos a nosotros adúlteros, a nosotros, los hombres de hoy, los de la era postconciliar, los que "nos vemos al fin libres de tantos viejos complejos y a los que los nuevos doctores enseñan, con un fervor casi sagrado, que no hay nada de más hermoso ni de más urgente que el hacerse *amigos del mundo*, de este bendito mundo que evoluciona tan gallardamente hacia su definitiva liberación por la evacuación *cristiana de la cruz*? ¿No será que se trata de un malentendido?

"Ciertamente, lo que se ha dado en llamar situación postconciliar de los fieles católicos (mejor sería decir situación consiguiente a la crisis, siempre aguda, que hizo necesarias las medidas de puesta a punto tomadas por el Concilio) no deja de ser una cosa harto curiosa" (3). La paradoja del hombre postconciliar, que, presumiendo de muy cristiano, sintiéndose sinceramente cristiano, se compromete de tal manera con el mundo como si todo hubiera de terminar o de conseguirse aquí en el tiempo sobre la tierra, consiste en que siendo hijo de Dios, deificado por el misterio de la encarnación de Cristo, trata más de temporalizarse y humanizarse que de eternizarse y divinizarse, busca más las cosas

(2) Jac. 4, 4.

(3) Pág. 59.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

de la tierra que las del cielo, contra la recomendación expresa del Apóstol.

El Evangelio considera al mundo siempre en sus conexiones concretas y existenciales con el reino de Dios, ya presente en medio de nosotros, hecho carne en su Iglesia santa y visible —ya sé que es también invisible, no necesito que nadie me lo recuerde, dice con cierta intención Maritain—. Y el cristiano, si es fiel al Evangelio, no puede entusiasmarse con el mundo hasta el punto de olvidar esas conexiones, dándose con exceso y con preponderancia a las cosas de acá abajo, viéndolo sólo en su realidad óptica, en sus estructuras naturales, en su desarrollo histórico, en sus regímenes políticos, económicos o sociales, en su ciencia, en su cultura.

Me duele tener que hablar así —escribe Maritain—, en un tono que no ha sido nunca el mío. Pero ahora está en juego el Evangelio. La esencia de éste se cifra en la donación que Dios hace de su Hijo al mundo para salvarlo, redimiéndolo de una situación de pecado, y exigiendo, como condición *sine qua non*, que él quiera salvarse aceptando el mensaje de Cristo. Dios no salvará al que se empeñe en perecer.

Esto supone un hecho ancestral muy lastimoso y una bien triste historia: la de la caída de la humanidad en el pecado. Ya sé que hay autores que nos descubren ahora que el pecado original es un *mito*. Pero un mito cuya verdad está garantizada por Dios y abre el libro de las Escrituras. Ya diremos algo del furor desmitologizante o mitologizante que se va adueñando no sólo de protestantes, sino también de católicos.

No hay verdad más clara en la Escritura ni más constante en la Tradición que la del mal imperante en el mundo. Sin ese mal, no se comprende ni la encarnación del Hijo de Dios ni menos aún su muerte en la Cruz. Cristo vino a salvar a los que habían perecido.

Aun amando al mundo para salvarlo, para hacerlo *suyo*, conforme con el Espíritu del Padre, Cristo encarnado quiere la deificación del mundo, su ordenación a un fin sobrenatural; no que los hombres humanicen a Cristo y hagan de la tierra como el centro

BERNARDO MONSEGU, C. P.

de las almas. "La Iglesia, como Cristo, es de Dios, no del mundo. Y es forzoso escoger entre ser amigos del mundo o ser amigos de Dios." Quien se deja seducir por la triple concupiscencia que invade el mundo, ése ama el mundo, que contradice al Evangelio, y la caridad del Padre no mora en él.

La tarea del cristiano en el mundo, su tarea propiamente cristiana, consiste en librar al mundo del pecado, disputando al demonio su conquista y completando la victoria que sobre ese conquistador alcanzó Cristo por su Pasión.

El mundo no es santo. La que es *santa* es la Iglesia. El mundo se santifica si se le pone en marcha hacia el reino de Dios, no si se secunda su tendencia antropocéntrica y de inmersión en lo temporal. He ahí por qué es una traición a Cristo no empeñarse con todas las fuerzas y según lo consiente cada circunstancia histórica, *quantum potes, tantum aude*, en una realización cristiana de las exigencias evangélicas sobre el mundo. No se santifica ni santifica el mundo por sí mismo, sino por la constante y progresiva encarnación de lo cristiano o divino en él.

Los laicos y el mundo.

Como hombre inserto en el mundo y no segregado del mundo, el laico es un obrero del mundo y es del mundo. Pero como inserto en la Iglesia, como miembro del pueblo cristiano, que es la Iglesia, ya no es propiamente del mundo, porque su segundo nacimiento le hace miembro de la Iglesia.

He ahí, pues, cómo se resuelve la ambigüedad de la palabra laico y cómo se razona su doble vocación: una vocación espiritual como miembro de la Iglesia; y una vocación temporal como obrero del mundo; y como miembro de la Iglesia obrero del mundo.

Dos vocaciones distintas, pero no separadas. No se es *por una parte* obrero del mundo y *por otra* miembro de la Iglesia: es el miembro de la Iglesia el que es obrero del mundo, trabajando en empresas que pertenecen al César. Por su vocación temporal se ocupa de las cosas propias del seglar. Pero por su vocación es-

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

piritual, la de miembro de la Iglesia (aunque distinta de aquélla debe inspirarla, informando *toda su vida y actividades*), está en el deber de vivir, cada día más a fondo, la vida propia del Cuerpo Místico. Por tanto, debe atender, ante todo, a su propia alma, respondiendo con fidelidad a la vocación de santidad que tiene toda la Iglesia (4).

Los seglares pueden participar, aislada o agrupadamente, en muy distintas formas de apostolado, hasta hacer suyas, de alguna manera, obras espirituales que son de la particular incumbencia del clero, prestándole su colaboración. Tal sucede con la Acción Católica y otras asociaciones. Pero sería un absurdo cifrar en eso la verdadera forma y la más importante del apostolado seglar. "Hay una que es absolutamente fundamental y *necesaria para todos*, la que tiene una importancia verdaderamente capital: y es la del apostolado que los seglares ejercen en sus *tareas cotidianas mismas*, en los trabajos *ordinarios* de la vida seglar, en todas sus actividades, con tal que se den a ellas *en cristiano*. Entonces su vocación espiritual y su vocación temporal se centran en *un mismo trabajo*: pero la vocación temporal se centra en el *objeto* del trabajo; la vocación espiritual, en *el modo* o manera como se realiza, en el *espíritu que en él se pone* (5).

Cosa que sintetizó el Concilio cuando dijo: "A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. A ellos muy especialmente corresponde iluminar y organizar todos los asuntos terre-

(4) Pág. 303.

(5) Págs. 304-305.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

nos a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor" (6).

Que no se imagine un laico —le recuerda Maritain— que puede, so pretexto de que lo es, desentenderse de mirar por el bien espiritual propio de la Iglesia, descuidando la fe, la caridad y el amor de Cristo por ocuparse en la cosa temporal. *No puede olvidar jamás* que es un cristiano, haga lo que haga, y que todo debe hacerlo, por tanto, en *cristiano*. Sólo así hará honor a su condición de cristiano, tendrá el espíritu de Cristo; predicará el Evangelio no tanto predicándolo cuanto viviéndolo, testificándolo por su *modo* de ocuparse en los negocios temporales. Para hacer esto es no necesario que esté pensando que *ejerce un apostolado*. Cuanto menos lo piense acaso sea mejor. Basta con que de suyo y como instintivamente brote de él testimonio de vida evangélica y eclesial. Basta con que no disimule, ni ante sí ni ante los demás, su condición de cristiano; que no se avergüence delante de nadie, por no sé qué mundanos respetos, de su profesión cristiana.

Instaurarlo todo en Cristo, éste debe ser su lema, viviéndolo y actuándolo todo *en cristiano*. La civilización cristiana ha padecido durante siglos de un fatal divorcio entre lo temporal y lo espiritual por parte del seglar o laico cristiano. Separatismo funesto, causante de los males que hoy urge remediar con una acción laical que, distinguiendo debidamente, sepa unificar cumplidamente.

Todo en Cristo y según Cristo, ésta es la consigna laical de nuestra hora. Cumpliendo con ella, el seglar encontrará el camino seguro de su santificación, beneficioso para el mundo y para la Iglesia. Santificación que es ley para todo cristiano, y hago mías las palabras de mi padrino León Bloy: "Sólo hay una tristeza: la de no ser santos."

Hay que echarse a andar por ese camino, andándolo con el viático necesario para superar el desfallecimiento y las dificulta-

(6) *Lumen gentium*, n. 31.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

des, a saber: la misa y los sacramentos frecuentes, la oración y hasta esa unión con Dios que se llama contemplación (7).

Antes verdad que eficacia.

Hoy prevalece entre muchos cristianos, e incluso, sin que de ello se den mucha cuenta, entre no pocos sacerdotes y religiosos —dice Maritain— una tendencia demasiado acentuada a preferir lo eficaz sobre lo verdadero. El número de los que así se conducen es alarmante, sobre todo entre clérigos, que es a los que tengo ante todo en vista.

Es alarmante el número y es más alarmante todavía el error de fondo que padecen. Hablan sólo de eficacia. Y el resultado será a la larga una catástrofe, al menos para una gran muchedumbre. No llegará para la Iglesia el día en que la eficacia prevalezca sobre la verdad, porque ese día las puertas del infierno habrían prevalecido contra ella (8). Pero para muchos cristianos esa táctica equivocada, seguida por muchos clérigos, está resultando catastrófica.

Ellos colocan a los espíritus sobre una falsa pista, quieren que la técnica de grupo y la psicología de grupo operen mejor que las virtudes teologales; que el instinto gregario actúe mejor que los dones del Espíritu Santo; que el despliegue de la naturaleza deje sin sitio a la envejecida y pobre humildad; que los compromisos (comunitarios con preferencia) suplan a la intimidad personal con Dios; que la alegría de ser del mundo desplace la búsqueda de la perfección por la caridad y el amor de la cruz; que las acciones de masa suplan a lo que Cristo prescribió a los suyos: entrar en su habitación, cerrar la puerta y orar al Padre que habita en el secreto; que las celebraciones comunitarias arrojen al desván el silencio y la soledad; que las fábulas y charlatanerías del día amenicen nuestro catecismo; que la entrega de sí mismo a la acción y a un constante diálogo con todo el mundo acaben con todo esfuerzo

(7) Págs. 306-309.

(8) Pág. 141.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

de concentración intelectual. Hay que cultivar todos los medios dinámicos, eso es lo que cuenta. Y de hecho los apuntados son los que sirven *eficazmente* para reunir a los hombres en la asamblea del Señor.

Y aquí está precisamente lo flagrante del absurdo, porque el Señor es justamente la Verdad misma; y los medios no son medios si no son proporcionados al fin que se pretende; en nuestro caso, si no son medios consonantes con la verdad. En los dominios de Dios, es la verdad la que se erige en fuente y medida de la misma eficacia (9). Y si no se camina conforme a verdad, todo eso apuntado sólo sirve para llenar la Iglesia de enfermos espirituales de muy difícil curación, hiriendo o dando muerte a la verdadera vida cristiana, que es sobrenatural y sólo se sostiene cuando se apoya en la verdad.

Antievangélico y anticonciliar.

Resulta antievangélica y anticonciliar, contra la letra y el espíritu del Concilio, esa actitud de muchos cristianos, sobre todo de no pocos clérigos, que es como una especie "de fijación obsesional sobre el tiempo que pasa, la cronolatría epistemológica" (10), que va de la doctrina a la vida, del campo de la exégesis escriturística al de la liturgia y la ascesis. La verificación triunfa sobre la Verdad, el signo sobre la realidad, la ciencia de los fenómenos sobre la filosofía del ser y del sentido común.

Y no sólo antievangélica, sino hasta ridícula resulta incluso esta fascinación que la cosa temporal ejerce sobre los cristianos de hoy, singularmente algunos clérigos. Es éste uno de los aspectos más curiosos de la presente crisis que atraviesa la Iglesia. Asistimos —dice Maritain— a una especie de *genuflexión ante el mundo*, que se manifiesta de mil maneras.

Y ¿delante de qué mundo se arrodillan algunos? ¿Del mundo tomado en su realidad óptica en sus estructuras naturales y tem-

(9) Ib.

(10) Pág. 26.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

porales? Sí, de ése, desde luego. Pero tomado así a *solas*, ¿puede nadie caer verdaderamente de rodillas ante el mundo, ni el mundo de la ciencia, ni de los astrónomos, ni de los geólogos, ni de los etnólogos, ni de los sociólogos, ni de los industriales, ni de los técnicos, ni de los sindicalistas, ni de los hombres de Estado? Dejémonos de monsergas. Ni el puro ni el mero hombre de Estado se arrodillaron nunca ante ese mundo.

“Que muchos cristianos se arrodillan hoy delante del mundo, es un hecho que se nos mete por los ojos. Y esto es lo que nos interesa ante todo considerar. Ver de qué mundo se trata entonces; en otros términos, averiguar qué es lo que tienen esos cristianos en la cabeza, en qué piensan al comportarse así, si es que piensan, pues la mayor parte piensa poco y confusamente. Esta sería una segunda cosa a considerar.

¿Qué es lo que vemos, pues, en torno nuestro? En amplios sectores del clero y del laicado, aunque es el clero quien da el ejemplo, basta que se pronuncie la palabra mundo para que un arrebatado extático se dibuje en los ojos de los oyentes. Y viene luego toda la secuela de expansiones necesarias, de compromisos necesarios así como de fervores comunitarios, de *presencias*, de *aperturas* con las alegrías consiguientes. Cuanto huele a ascesis, mortificación y penitencia queda naturalmente descartado” (11).

No hablemos del exceso de aparato estadístico y científicista, que con sola técnica y psicología quiere renovar el mundo de la teología y de la vida, arrumbando no ya únicamente prácticas rutinarias o que nada dicen a los hombres de hoy, sino también tradicionales, llenas de la más alta sabiduría y vivas siempre, a pesar de su aparente esclerosis. Aludo singularmente a las humildes y nobles disciplinas de eso que todavía se llama, alguna vez, vida espiritual.

Algunos de mis amigos —es Maritain quien viene hablando— se afligen del fenómeno. Yo les recuerdo el proverbio chino que he puesto como lema de este mi libro, a saber: no tomes nunca

(11) Pág. 86.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

demasiado en serio la estupidez. Y añado por mi parte que a mí me impresiona sobre todo la granjería de un espectáculo del que me está permitido regocijarme un poco.

Cosas tristemente regocijantes.

En efecto, ¿cómo no va a ser regocijante eso de imaginarse numerosas familias cristianas inclinadas con devoción, no ya sobre el *Combate espiritual*, sino sobre tratados de Sexología? ¿Cómo no reírse al pensamiento de un monasterio mejicano que, a impulsos de un celo incontenible de pionero, hace que se psicoanalice toda la comunidad, con el resultado, bien previsible, de bastantes afortunados matrimonios; o de nuevas familias cristianas cuyos hijos se desean psicoanalizados para explicarse el trágico suceso que les hizo salir del paraíso intrauterino?

Y no deja de ser también muy entretenido imaginarse a superiores de casas religiosas o rectores de seminarios, a maestros y maestras de novicios, o a sujetos formando parte de una *élite* de iniciados, tomando en serio y con calor notas en cursos de psicología dinámica para prepararse a los test de proyección, al Rorschach, al sicodrama de Moreno, y así adquirir un poco de esa ciencia del *comportamiento* humano, para aconsejar a las almas que les son confiadas; o, si el caso lo requiere, enviarlas al psicólogo que, ése sí, sabe a ciencia cierta: *Domine, quid me vis facere*. Conseguirán por ese camino lo que no lograron por el de la vieja caridad.

Lástima que yo sea tan viejo para poder sentirme reconfortado por las nuevas generaciones, así amaestradas en los caminos del Señor. Y no es que esté a mal ni con la psicología ni con Freud, aunque sí con algunos freudianos; es que despierta mi *vis cómica* ese tropel de personas consagradas a Dios que corren alocadas a hacerse endocrinar con el más piadoso de los entusiasmos, siquiera sea el menos científico.

¿Quién sabe? A lo mejor este *maremagnum* es necesario para que cesen ciertos rutinarismos absurdos y uno sepa guardarse de ciertos errores que podrían evitarse con un poco más de inteligencia y un poco más de atención y de compasión fraternas.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

Por lo demás, ciertos conocimientos psicológicos elementales, que han llegado a ser hoy cosa de dominio común, bastan para ver claro en el caso de aspirantes a la vida religiosa o a la vida sacerdotal.

Lo malo es que algunos sueñan con más. Sueñan con que así, mejor que no con el Evangelio y el amor de caridad, se conseguirá que una comunidad se consagre al servicio de Dios y del prójimo. Se trata de fabricar con técnica almas dedicadas a ese servicio.

No cabe duda que tales cosas pasarán como vinieron. Y es también cierto que la Iglesia encontrará por ~~sí misma~~ —tal vez un poco tarde— el modo y el medio para acudir a este peligro de una nueva servidumbre debida al imperio de la técnica. Al fin es el cristianismo el que tiene la clave de la exacta interpretación de la persona humana.

Si de la sexología y el psicoanálisis pasamos al campo de la teología en boga, son todavía más regocijantes las novedades que nos ofrecen "los maestros de la nueva Reinterpretación teológica".

En una revista muy conocida en los Estados Unidos se hacía la recomendación de un libro debido a la pluma del Padre Schoonenberg, al que se saludaba como genio creador. Me procuré en seguida ese libro: *Man and Sin*. Y confieso que me procuró un regocijo del todo particular. Según él, la Iglesia nos ha hecho vivir y ha vivido del cuento a propósito del pecado original. El Padre Schoonenberg pone remedio a todo sustituyendo la doctrina tradicional de la Iglesia con la reinterpretación que propone a base de reemplazar "un cuadro estático por otro evolutivo e histórico". El pecado original no es más que *a being-in-situation*. La doctrina de la gracia y toda la soterología cristiana recibe, en manos del Padre Schoonenberg, tal tratamiento que ni la madre que la parió puede conocerla. Digamos simplemente, para ser corteses, que todo ello pone chistosamente en situación de soñante despierto al profesor de teología dogmática del Centro Catequístico de Nimega (12).

(12) Cf. págs. 223-233.

Duro juicio contra Teilhard y el teilhardismo.

Maritain no sólo es sarcástico, sino también terrible y expeditivo en el juicio que hace de ciertas corrientes teológico-filosóficas hoy muy en boga; corrientes de las que se dejan arrastrar no pocos clérigos, a los que el agua pura de la filosofía aristotélico-tomista, que la Iglesia estima sobre todas las demás, les causa una como náusea.

“El juicio que merecen —dice— los trabajos de renovadores que tratan de acomodar la teología al guiso teilhardiano o al fenomenológico, no es difícil de pronunciar: son trabajos de una fatuidad asombrosa al servicio de los ídolos del tiempo. Por efímeros que sean, estos benditos trabajos amenazan con desconcertar por completo la conciencia cristiana y la vida de la fe; y en lugar del verdadero fuego nuevo que está reclamando nuestra edad, no nos traen más que el humo de una madera podrida, que no llega ni a dar llama. Estos pretendidos renovadores de que hablamos son unos infortunados retardatarios, que querrian retrotraernos al punto cero para volver a rehacerlo todo de nuevo; quieren que nuestro pensamiento vuelva a desandar lo andado durante siglos, para empezar de nuevo con los tanteos y pinitos de la infancia; pero de una infancia, claro está, moderna, entrenada en los métodos audiovisuales y hecha a teclear sobre una máquina de escribir. Ignoran que ésa no es manera de progresar” (13).

Sería de desear —añade— que teólogos serios se tomasen el trabajo de refutar tales asertos, confundiendo la estupidez, elevada al cubo, de estos retardatarios balbucientes. Pero quizá ello no sea lo más recomendable, porque suele ser tiempo perdido, como decía León Bloy, ponerse a discutir ni combatir de frente lo que es como una “crecida extraordinaria de mentecatez”.

Acaso lo mejor fuera que, con sabiduría teológica, teólogos auténticos se dedicaran a ir cortando la hierba bajo los pies de esos vanos doctores, ensayando una renovación auténtica de la

(13) Pág. 234.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

problemática de la fe allí donde ello sea necesario, pero con una fidelidad absoluta a las verdades adquiridas de la fe. Abrir nuevos horizontes, sí, pero sin el prurito imbécil de querer ponerlo todo al gusto del día, sino con el afán serio de ahondar en la profundidad de un misterio que jamás acabaremos de investigar completamente (14).

Es el olvido de las conexiones que rigen entre el mundo y el Evangelio y de lo que el mundo de los humanos viene obligado a hacer para ser fiel al Evangelio, así como de lo que el cristiano debe por su parte hacer, y más si es sacerdote o religioso, para conseguir que los hombres que hacen el mundo se ajusten a lo que pide el Evangelio, lo que hace que se incurra en esta idolatría mundana que hoy padecemos. Contra ella habla todo el espíritu del Concilio, cual se refleja en los textos conciliares.

Nace en parte este olvido o, acaso con más precisión, es imputable esta adoración a esa falsa filosofía y mucho más falsa teología (cuya más aberrante expresión es el teilhardismo, que Maritain combate resuelta y duramente) (15), que resuelve en cosa mundana el mismo reino de Dios, haciendo del mundo mismo—de momento en devenir y virtualmente, pero al fin en acto y declaradamente— el Cuerpo Místico de Cristo (16).

¿Qué otra cosa cabe esperar de un sistema cuyo punto de partida es la identificación de la materia y el espíritu, que identifica, en el desarrollo, Vida y Conciencia, con mayúsculas, que pone, en el término, la identificación de Cristo y el Cosmos en evolución, orientándolo todo hacia un punto Omega en que el Devenir acaba por la identificación de la Creación y el Creador, según acaba de recordarnos Marcel de Corte?

Yo, dice Maritain, encontré más de una vez al P. Teilhard de Chardin. Y tengo que lamentar que le gustase asesorarse poco de buenos filósofos y teólogos. Como lamento, y en esto me acompaña Gilson, que padeciese una ignorancia absoluta de la teología del *Doctor Communis*. Es éste un misterio que no nos explicamos.

(14) Págs. 234-235.

(15) Págs. 173-187.

(16) Pág. 90.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

Creo que en los orígenes de su pensamiento está una intuición poética del valor sagrado de lo mundano, así como un gran sentimiento de lo divino en medio del mundo. Basta recordar su texto de la *Misa sobre el mundo*. Intuición que quiso concordar con la fe en un Dios Trino y Uno y un Verbo Encarnado, metiéndolo todo en el saco de la gran Evolución cósmica, con su epicentro el Cristo cósmico. Pero su déficit de filosofía y de teología le llevó a unir mal por no saber distinguir bien.

“La teología teilhardiana no es otra cosa que una gnosis cristiana más, entre tantas como ha habido desde Marción a esta parte, y por tanto no es más que una gran *fantasía teológica*”, dice Maritain. “Encontramos en ella todas las características del género: una perspectiva cósmica de todos los problemas, o, acaso mejor, una perspectiva cosmogénica. Ahí tenemos la materia cósmica, un Cristo cósmico, y, dado que éste es el centro físico de la creación, nos hallamos frente a un Cristo esencialmente evolucionador y humanizador, brevemente: un “Cristo universal” explicando el misterio universal que es la Encarnación”, escribe Gilson, cuya palabra y pensamiento se apropia Maritain.

Todo son afirmaciones gratuitas, y lo más que puede encontrar uno en las especulaciones teilhardianas son bonitas y poéticas perspectivas y algún que otro dato científico curioso. Pero, “en punto a doctrina, nos hallamos en los dominios de la Gran Fábula; siendo ésta la palabra más a propósito y la menos ofensiva para oídos piadosos que es posible encontrar. El *teilhardismo* (y bautizo con este nombre la ideología elaborada y pregonada por los adeptos y la gran prensa al servicio de Teilhard), si es una doctrina en ellos, lo que hay que calificar tan duramente como se merece, en Teilhard mismo fue esencialmente una experiencia personal, casi diría incomunicable, aunque él tratará por todos los medios de comunicarla”.

Se trata de un *metacristianismo*, del que Teilhard le hablara un día a Gilson en Nueva York, y que éste juzga, y con él Maritain, de andadura inversa y contraria al seguido por el cristianismo

(17) Pág. 188.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

auténtico en sus orígenes y en su historia. Asistimos a la transposición total de la cristología "généralisation du Chris-Redempteur en un véritable Christ évoluteur". Con el agravante de que se trata de hacer del Cristo mismo histórico el Cristo cósmico.

Es la gran *imaginación fabulatrix* que todo lo reduce a una concepción *puramente evolutiva*, poniendo el devenir donde está el ser, y donde toda esencia o naturaleza estable queda desvanecida. Si el Verbo se hizo historia es porque antes fue parte del cosmos en evolución; antes *encosmizado* que encarnado. Si se hace *hombre* es porque antes fue *mundo* (18).

Nefastas consecuencias del teilhardismo.

De esta teología teilhardiana, que es en realidad la negación de toda teología, tan encarnada en la materia y el mundo, ha nacido en parte y en su elemento más conceptual esta temporalización, esta cronolatría, este mundanismo que hoy lamentamos.

Y teniendo en cuenta, por una parte, ese olvido, antes indicado, de la consideración del mundo en sus relaciones de contraste con el Evangelio, de oposición incluso a las máximas del Evangelio; y, por otra, estas filosofías o teologías modernas, que no respetan ni el sentido común ni aceptan la Revelación, tal cual la autoridad de la Iglesia la propone, es como uno comprende —dice Maritain— por qué hay tres cosas de las que un predicador inteligente hoy no debe hablar jamás, y en las que hay que pensar lo menos posible, aunque se reciten cada día en el Credo. ¡Tiene éste tantos mitos y puede uno tan fácilmente, aunque lo rece en francés, pasar por él sin reflexionar!

La primera cosa que hay que dejar en la sombra es, desde luego, el mundo *del más allá*, pues que no existe.

La segunda cosa que hay que dejar en la sombra es la *crus*, pues no es más que el símbolo de los sacrificios momentáneos que hay que imponerse por el progreso.

(18) Pág. 191.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

La tercera cosa que hay que dejar en la sombra, que hay que olvidar, es *la santidad*, pues el abecé de ésta supone que, en el fondo del alma, el santo, aunque esté metido en el mundo y se ocupe de cosas mundanas, establece una ruptura radical con él, entendido en el sentido evangélico de la palabra, y con el falso dios de este mundo (claro que le dicen *mítico*), "el Emperador de este mundo".

Todo ello es triste y es terriblemente contrario a lo que el Concilio ha enseñado y a lo que la Iglesia nos ha enseñado siempre y nos seguirá enseñando hasta el fin de los tiempos. Es la gran traición moderna contra Dios e incluso contra el mundo mismo —añade Maritain—. El mundo se salva si se le pone a los pies de Cristo; se pierde si se rebela contra Cristo. Y el espíritu mundano es *adversario* del espíritu de Cristo porque nada odia más que la cruz de Cristo. Contra la lección de la Iglesia y de los Santos nada valen estas teorías modernas que consustancializan a Cristo con el mundo. Es la gran fábula de nuestro tiempo.

No hay disculpa que valga.

No vale invocar, para justificar los excesos exegéticos, teológicos, ascéticos y litúrgicos que está cometiendo el neomodernismo (en aras de un *aggiornamento* mal entendido), el anquilosamiento, el apego al *statu quo*, el rutinarismo y formulismo que se imputan a un integrismo más o menos larvado predominante en pasados siglos y aun quizás en parte del nuestro. Un abuso no se corrige con otro mayor. Y la dirección ahora tomada por cierto sector de la teología y de la vida católica es cien veces más equivocada y peligrosa que la que se trata de corregir. Basta tener ojo a la cantidad de ineptias teológicas, filosóficas y exegéticas con que nos atormentan hoy día los oídos (19).

La comprobación de abusos anteriores no sirve de excusa en modo alguno a este desbordamiento neomodernista, que es into-

(19) Pág. 237.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

lorable por la fatuidad, la flaqueza y la relajación de espíritu que revela. Esto basta para probar que la estupidez y la intolerancia tienen siempre en la historia humana dimensiones parecidas, siquier cambien de campo y se pongan bajo signo contrario. Si uso la palabra intolerancia es porque compruebo la acritud y el menosprecio que muestran estos "avanzados" hacia quienes no caminan a su paso. Aunque me ha tocado sufrir mucho por parte de los integristas, ello no me ha impedido conservar mi razón lo suficientemente libre de traumatismos y resentimientos para no inclinarme del lado de este movimiento pendular de que se dejan llevar tantos de mis queridos contemporáneos (20). Maritain, que acentúa con fuerza la existencia de una crisis neomodernista en la Iglesia de hoy, no está menos seguro de que todo ello terminará en mayor bien de la Iglesia.

Por lo que toca a la teología, estas corrientes "conjeturalistas e imaginarias pasarán como vinieron, lo mismo que las vanas esperanzas, a que antes aludíamos, depositadas en las técnicas psicológicas". Volverá a resurgir la teología tomista, aunque ello requiera un poco de tiempo, y estoy seguro que también la Orden de Santo Domingo superará su presente crisis, con tal de que aquellos de sus miembros que ven claro se dejen intimidar un poquito menos por las grandes *vedettes et les chers étudiants* (21).

En lo concerniente a esa actitud como de adoración o de genuflexión ante el mundo de que dan muestra tantos cristianos de hoy, singularmente clérigos, Maritain piensa que es tan aberrante y trae tal tufo de engreída vanidad y embriaguez sensorial que no es posible que dure mucho tiempo.

A su juicio, aquel como desprecio maniqueo hacia el mundo y sus cosas, secuela de una concepción pelagiana y jansenista a un tiempo de la vida cristiana, que predominó en el comportamiento ascético de los cristianos en siglos inmediatos, era mucho menos pernicioso y deletéreo que esto que ahora lamentamos.

En primer lugar, la versión negativa y prohibitiva del cristia-

(20) Pág. 238.

(21) Pág. 239.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

nismo entonces imperante, con fórmulas prácticas de absentismo y huida del mundo para evitar el pecado, tenía como contrapeso el que se hacía con sentido cristiano, buscando el apoyo de los santos, cultivando prácticas piadosas y conservando un cierto equilibrio psicológico que no les quitaba el gusto por un mundo del que se les decía tanto mal. Con novenas y fundaciones de misas se esperaba salir luego pronto del purgatorio por el exceso de afición a las cosas terrenas, y con una fe sólida y sin problemas sobre la omnipotencia misericordiosa de Dios se contaba de antemano con la seguridad de ponerse en paz con El al último momento.

En segundo lugar, esa especie de maniqueísmo práctico que imponía continuamente renunciaciones, huidas o inacción frente al mundo visto con tan malos ojos, quedaba muy en la superficie, no suponía errores doctrinales de fondo.

Ahora, en cambio, la cosa es mucho más grave y preocupante. El parásito *externo* se ha convertido en un virus *interno* que ataca la sustancia misma de la vida cristiana, de la fe incluso. El error práctico se convierte o hace simultáneamente error doctrinal. Y, aprovechando el contexto actual de una civilización científica y tecnificada, reñida con la religión cristiana, el virus se ha trocado en una epidemia de mundanismo y mundanización, que va de las ideas a las costumbres, de las costumbres a las ideas, verdaderamente alarmante y estremecedora.

Ya no es frente a una aberración vergonzante y larvada que nos encontramos, sino frente a una aberración clamorosa y arrogante, mucho más peligrosa que la primera.

Apelarse para justificar nada de esto al espíritu del Concilio es otra patochada y otra traición al Espíritu Santo que nos ha dejado su voluntad expresa en los auténticos documentos conciliares.

“Yo opino —escribe Maritain— que esa gnosis teilhardista y su esperanza de un metacristianismo han recibido del Concilio un golpe demasiado duro. Porque, en fin de cuentas, poco importaba que Marx a Engels hegelianizaran a su manera; pero querer que el cristianismo se rehaga de manera que ya no se inserte en la Trinidad y en la Redención, sino en el Cosmos en evolución, es

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

cosa completamente distinta. A conseguir esto no basta el esfuerzo de ningún teólogo, ni de ningún místico, ni de ningún investigador sesudo, por más grande que se le imagine; no basta ni siquiera un taumaturgo. Semejante empresa es de la exclusiva competencia de aquella a la que confesamos en el Credo la *Unam, sanctam catholicam et apostolicam*, la Iglesia que enseña el cristianismo, que no es ni "mejor" ni peor.

Esto quiere decir que para conseguir eso se necesitaría un Concilio, el que tal vez algunos teilhardistas esperaron cuando el pasado se anunció, esperando, si no una confirmación dogmática de su Cristo cósmico (cosa evidentemente excesiva), sí al menos una voz de aliento, aunque no fuera más que un simulacro de aliento a su doctrina.

Pero leed los textos del Concilio, miradlos con lupa, no hallaréis ni la sombra de una sombra de aliento a semejante doctrina. Con imponente tranquilidad, el Concilio ignoró de punta a cabo, de un modo absoluto, ese gran esfuerzo hacia un *cristianismo mejor*.

Nada de más clásico que sus dos Constituciones dogmáticas. Si los partidarios del teilhardismo no están en las nubes, comprenderán algo de lo que esto significa para ellos. Tienen que esperar a otro Concilio, y a otro y a no sé cuantos más. O, si se impacientan mucho, ¿acabarán por constituirse, —como ya lo hicieron un día Marcion y sus discípulos— en secta aparte, con riesgo de hacer salir del sepulcro al mismo Padre Teilhard para que los anatematicen? No se trata de una broma" (22).

La lástima es —dice en otro lugar— que los textos del Concilio son poco leídos y que a la Iglesia se la conoce muy mal. Ni sus caminos ni el término de los mismos son propiamente de este mundo, aunque vayan por el mundo. Por eso hay que andarlos de modo más espiritual, apoyándose más en las realidades divinas que en las terrestres. Cruz y contemplación, las dos cosas que hoy desgraciadamente tan poco se aman.

(22) Pág. 185.

Vana apelación a la misión temporal del cristiano.

Se quiere justificar todo esto en nombre de la misión temporal del cristiano, misión que nosotros no negamos, pero que no puede entenderse sino sobre la línea de ganar o de reconquistar el mundo para Cristo, metiéndole en los carriles del Evangelio, deificando más que humanizando, trabajando más por la ciudad de Dios que por la ciudad del mundo, sobrenaturalizando y no naturalizando, abrazándose con la cruz y el sacrificio y no pretendiendo evacuarlos completamente de nuestra vida y de nuestro mundo. No hay mejor señal de la carencia de todo auténtico sentido cristiano en nuestro contacto con el mundo que rehuir ser contraseñados con la cruz de Cristo.

“Cuando Santiago nos dice —reitera Maritain— que no debemos ser *amigos del mundo*, no quiere decir de ninguna manera que renunciemos a nuestra misión temporal. Ella misma supone que nosotros no seamos amigos del mundo, en el sentido en que el apóstol entiende esta expresión, pues la misión temporal del cristiano es la de estar pronto a sacrificar su vida para conseguir que entre en el mundo algo de ese Evangelio y de ese reino de Dios y de Jesús que el mundo detesta y de cuyo aguijón tiene tanta necesidad. Cuando San Juan nos pide que no amemos al mundo y sus cosas, no entiende prohibirnos amar lo que es bueno y digno de ser amado en el mundo, sino la amistad con el mundo en cuanto contrario al Evangelio y a Jesucristo que tiene en vista (23).

Una cosa es llevar el mundo a la consecución de sus fines naturales (que sólo *relativamente* son fines últimos, o los últimos *en un orden dado*), explotando sus recursos, haciendo que el hombre se enseñoree de la naturaleza con su técnica y procurando el logro de la autonomía humana para que el hombre no quede esclavizado bajo las fuerzas físicas del universo, sino que llegue al más amplio y libre despliegue de su potencialidad humana; y otra muy distinta dejarse llevar por el mundo, perdiendo de vista el fin sobrena-

(23) Pág. 65.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

tural y supramundano a que estamos ordenados; y, por la misión temporal, dejar incumplida nuestra misión eterna.

Nunca fue tan necesaria como hoy la misión temporal del cristiano, de cada cristiano individualmente, tomado o agrupado como miembro del cuerpo eclesial. Bajo el régimen sacro de la cristiandad medieval, las estructuras socio-políticas de contextura cristiana dispensaban de una acción temporal de matiz pronunciadamente social o público. En el orden social y político, casi todo se lo daban hecho. Bastaba con que cada cual diese ejemplo de vida cristiana. Hoy no basta con eso.

La moderna configuración laica de la sociedad y de los Estados con una civilización moderna, en la que la técnica y la ciencia ocupan el lugar que antes tenían Dios y su Iglesia, el cristianismo no puede contar apenas con la ayuda de las estructuras sociales y políticas para mantenerse y crecer. Todo depende de él, y él debe sacar fuerza de sí mismo y del empeño puesto por cada uno de los cristianos en su esfera de acción.

Por lo tanto, nuestra circunstancia histórico-social obliga a todos los cristianos a tomar más viva conciencia de su misión temporal, considerándola como una expansión de su vocación espiritual en el reino de Dios y a su servicio. Y, ¡ay del mundo si el cristiano aísla y separa su misión temporal de su vocación espiritual (24). Es la acentuada distinción entre las cosas que pertenecen a César y las que pertenecen a Dios, distinción que el cristiano debe respetar, lo que exige de él incluso que cuanto más fondo se da a la acción temporal menos comprometa en ella a la Iglesia. Pues ésta misma, aun haciendo lo que está en su mano, sin salirse de su esfera propia, que es la espiritual, para ayudar desde arriba al mundo a salir de sus apuros peculiares, cifra su honor en mantenerse incólume de todo mundanismo, en salvar a toda costa la autonomía de lo espiritual respecto de lo temporal, y así quiere que sepan comprenderlo, para su mayor bien, tanto cristianos como no cristianos. ¿Podrá nadie, en consecuencia, escandalizarse de que, haciendo honor a su naturaleza y misión, tanto el cristiano

(24) Pág. 69.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

cómo la Iglesia, rehusen hacer del cristiano una especie de agencia teocrática al servicio del bienestar temporal, de la paz universal, de la subida de salarios, del alquiler gratuito y del plan para cada uno? (25).

Por lo demás, unir sin confundir, servir sin quedar absorbido, es cosa que el cristiano en este terreno no puede conseguir sino a base de mucho amor a la verdad, que debe anteponerse siempre a la eficacia (cosa que hoy desgraciadamente se hace a la inversa), y de mucho espíritu de sacrificio. No es poco el que supone esto de que los mundanos no comprendan, a menudo, y hasta desdeñen una postura y unos valores que nosotros estimamos al máximo, materializados como están (26).

Cómo entender la misión temporal del cristiano.

La misión temporal del cristiano no justifica nada de lo que se hace con detrimento de su misión eterna, de su mejoramiento espiritual. Ni lo justifica en el simple cristiano, ni todavía menos en el clérigo o religioso.

Es natural que hablando de misión temporal nos refiramos ante todo a los laicos. Esa misión es exigencia propia de ellos. Puede que un clérigo se ocupe personalmente de las cosas del siglo, pero eso no es exigencia de su función. Por lo demás, dicho sea de paso, a no ser que se trate de un Richelieu o un Mazarino, los clérigos se ocupan de la cosa temporal mucho más torpemente que los seglares. Pero aun tratándose de seglares, éstos no deben olvidar, en primer lugar, que son cristianos, miembros del Cuerpo Místico, que es la Iglesia y, en consecuencia, no pueden nunca desconectar su acción de su referencia al reino de Dios. Deben por tanto, obrar en cristiano, y por el tiempo no deben poner en juego imprudentemente la eternidad.

En segundo lugar, bueno será notar que, aun siendo la acción

(25) Pág. 125.

(26) Pág. 125.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

temporal, sobre todo la proyección social o pública, incumbencia y exigencia del estado seglar, no es, sin embargo, asunto de *todos* los seglares, ¡qué va!, sino sólo de aquellos que, por razón de sus dotes o inclinaciones particulares sienten hacia ella lo que podríamos denominar *vocación próxima*. Vocación que supone además una sólida preparación interior (27).

Hay quien opina hoy que la vocación del laico es una vocación puramente temporal o que el laico viene votado a ocuparse exclusivamente de la acción temporal. Nada de vida interior ni de contemplación para él. Se vuelve por otro camino a algo que ya pensó equivocadamente Melchor Cano. La misión exclusiva del laico —dicen— es la de trabajar por la transformación del mundo, ésa es su vocación; “vocación sagrada que llevará al mundo, gracias, sobre todo, a la misión mesiánica del proletariado, al término supremo en que será plenamente humanizado en Cristo, se intalará el reino final de la justicia, de la paz y de la plena expansión humana, cosas que identifican con el definitivo advenimiento del reino de los cielos” (28).

Cuando hay profetas que llegan de tal manera a confundir lo que pertenece a Dios y lo que pertenece al César, en nombre de la misión temporal del cristiano y de la promoción del proletariado, hay que empezar a pensar que se trata de falsos profetas (29).

No obstante, su presencia puede sernos útil, pues nos obliga a clarificar ideas y deslindar posiciones o posturas. Ellos son los que nos obligan a preguntar en qué sentido hay que tomar esa “misión de transformar el mundo” que envuelve en una misma fórmula equívoca verdades y errores capitales.

A transformar *espiritualmente* el mundo por medio del Evangelio, con vistas a su fin último, la parousía y el triunfo del reino de Dios en la gloria de los resucitados, eso saben todos los cristianos que es su vocación.

Pero de la transformación de que hoy se trata es cosa muy

(27) Págs. 69-70.

(28) Pág. 289.

(29) Págs. 289 y sigs.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

distinta. Ahora lo que se predica como vocación de todo cristiano es la transformación *temporal* del mundo con vistas a un fin que, lejos de ser lo que un cristiano tiene por fin último, es simplemente el *bienestar* de este mundo de aquí abajo llevado a su total despliegue; y para colmo de esa misión temporal transformante se hace *consciente y expresa* un deber.

Se puede decir que desde el hombre primitivo hasta esto que llamamos edad moderna, la noción explícita de semejante misión y semejante deber no había apenas jugado papel en la historia. Si puede hablarse de un esbozo de la misma en lo que se llama prehistoria moderna, la hora histórica de semejante concepción de la *misión temporal* del hombre cristiano comenzó cuando Descartes proclamó que el hombre debía hacerse *dueño y señor de la naturaleza*. A pesar de aquellas obras de misericordia que ocuparon largos siglos cristianos y que fueron preludio y preparación de esta moderna toma de conciencia sobre la *misión temporal* del cristiano, las condiciones históricas entonces no estaban maduras, ni social, ni culturalmente, ni tampoco espiritualmente, para esa toma.

Esta se hizo posible gracias, en primer lugar, a la infiltración entre cristianos de ese ateísmo mesiánico que es a la vez fruto de la filosofía moderna y "la última herejía cristiana". De ahí el espantoso equívoco cuyas consecuencias pagamos.

La misión de transformar el mundo temporalmente que incumbe al hombre fue Marx el primero en ponerla a clara luz. Pero la puso *mal*, a causa de su ateísmo y de su hegelianismo a la inversa, en el que toda la naturaleza se resuelve en el devenir y el materialismo dialéctico, y también a causa de su mesianismo fáustico: existir es crear, la existencia precede a la esencia, el hombre se hace a sí mismo por su trabajo. En consecuencia, el hombre está llamado a una obra titánica (en pie los titanes de la tierra) que le hará señor del mundo, un como dios del mundo.

Paréceme —dice Maritain— que uno de los aspectos del esfuerzo realizado por Teilhard de Chardin fue —sin que él mismo se propusiera deliberadamente tal objetivo— el de tratar de enderezar esa noción. Pero lo hizo *mal* a causa de su evolucion-

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

nismo, muy diferente del de Marx, pero de la misma radicalidad, o más radical todavía; y a causa de su cosmización de Cristo y del cristianismo, especie de réplica del materialismo dialéctico, a base de un mesianismo cosmo-crístico. El hombre viene así llamado a una obra de divinización por la que se cumplirá plenamente y totalmente el destino del mundo en la gloria del Resucitado, y la que hará de él un como espíritu del mundo en Cristo finalmente vencedor.

Yo creo que el empeño de la filosofía y de la teología de hoy debe consistir en poner auténtico sentido cristiano en esta misión de transformar temporalmente al mundo, presentada hasta el momento en perspectivas tan aberrantes. Y yo, viejo filósofo, que conozco algo el terreno y que estoy ya al fin de mis días, me limito a proponer algunas ideas y hacer algunas distinciones que juzgo muy fundadas y terriblemente necesarias.

Hay que distinguir ante todo entre dos maneras que tiene el hombre de comprometerse en la cosa temporal trabajando en el mundo *por el bien del mundo*. De un modo *inconsciente* viene trabajando desde que el mundo es mundo, y lo seguirá haciendo mientras el mundo dure. Es el primer plano de esa acción, el que constituye la tarea *ordinaria* de la vida temporal.

El segundo plano lo constituye una tarea *especial* en esa misión: transformar temporalmente el mundo, pero ahora asumido *conscientemente*, como conviene a seres inteligentes y seres libres

Como extranjeros en la tierra y ciudadanos del cielo.

Los dos planos caen bajo la mirada y la acción del hombre cristiano. Como ciudadano de la tierra, el hombre, aun bautizado, debe trabajar connaturalmente, inconscientemente, digámoslo así, sin casi darse cuenta de que es cristiano, por el progreso de la ciudad terrena. Y esto lo hicieron siempre los cristianos.

Pero como ciudadano de la ciudad de Dios, que es la Iglesia al servicio del reino de los cielos, todo bautizado se ratificará en su acción temporal al servicio del mundo, haciéndola todavía me-

BERNARDO MONSEGU, C. P.

por que lo que ya viene obligado a hacerla por su condición humana; mas ya con una conciencia cristiana, que no pierde de vista el reino de los cielos y se interesa porque todas las cosas sean instauradas y restauradas en Cristo y según Cristo.

Dueño y señor de la naturaleza y de la historia, titán y divinizador del mundo, el hombre —dice Maritain— no lo llegará a ser nunca, por más esfuerzos que haga. Lo más que puede ser es un obrero al servicio de la transformación del mundo, *interviniendo* en la naturaleza, siendo un factor de historia, pero subordinado siempre a un acontecer histórico y natural que rige una Providencia superior a él. Desde este punto de vista, la acción del hombre es una pieza más del progreso de la Humanidad y del mundo.

Por otra parte, el cristiano tiene que convencerse de que el triunfo definitivo del reino de Dios sobre la tierra no se verificará jamás. Está reservado a otro mundo mejor y glorificado, por cuyo advenimiento debe pedir y trabajar sin embargo. Pero es una utopía pensar en el triunfo definitivo acá abajo de la justicia y de la paz y de la felicidad humana como términos de una historia temporal. Eso equivaldría a pensar que llegará un momento en la historia en que ya no habría más que hacer, sino sólo descansar y gozar.

La historia temporal tiende a un fin, desde luego. Por eso es un progreso. Pero ese fin histórico no es nuestro fin último. La *perfecta felicidad natural* del género humano, el fin de toda angustia de la criatura sobre la tierra, no lo veremos en el tiempo. Porque la tierra será siempre valle de lágrimas; mal y bien, trabajo y dolor, se darán cita en nuestra vida, y nuestra libertad podrá usar siempre para mal o para bien de los medios que el progreso va poniendo a su disposición. La creación gime con dolores de parto, pero la criatura de la que el mundo es gestante no saldrá nunca de su seno. O si sale será por un alumbramiento milagroso, merced al cual la gloria eterna del reino de los cielos interrumpirá el devenir terrestre (30).

Esto está en el meollo de la más profunda filosofía cristiana.

(30) Págs. 295-296.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

Y responde a una triste experiencia histórica. Y antes que Maritain, lo dijo San Agustín, lo dijo Santo Tomás y lo han dicho todos los que, libres de los prejuicios rusonianos o marxistas, han meditado sobre la condición de la naturaleza humana y han recogido las lecciones de la historia. Santo Tomás recuerda el dicho de Aristóteles de que *ut plurimum o ut pluribus, hominibus malum videtur esse*. El hombre se halla inclinado al mal. Y *naturalmente* el mal reinaba siempre sobre la tierra, pese a nuestros esfuerzos por hacer de la misma un paraíso.

Como un día Jesús en el Pretorio fue pospuesto a Barrabás y su verdad no fue recibida por los más, así acontecerá siempre. Es ley de historia y de naturaleza humana. Las palabras de Jesús, apostrofando a los judíos que no quisieron recibirle, y echándoles en cara el que se buscasen más a sí que la gloria de Dios, nos dan la clave —decía Donoso Cortés— de los éxitos que a menudo acompañan al error y la impostura con mengua de la verdad y la virtud. “En aquellas palabras está como encerrada la historia, con todos los escándalos, con todas las herejías, con todas las revoluciones. En ellas se nos declara por qué, puesto entre Barrabás y Jesús, el pueblo judío condena a Jesús y escoge a Barrabás; por qué puesto hoy el mundo entre la teología católica y la socialista, escoge la socialista y deja la católica; por qué las dos discusiones humanas van a parar a la negación de lo evidente y a la proclamación de lo absurdo” (31).

Si se tiene fe —dice Maritain— hay que escuchar la revelación de la Iglesia, cuyo depósito le ha sido confiado. Y esta revelación nos obliga a no confundir los dos órdenes de finalidades poniendo como blanco definitivo de la misión temporal del cristiano el triunfo definitivo del reino de Dios sobre la tierra en devenir constante. Eso no acontecerá sino a costa del sacrificio de lo temporal, a fin de que surjan cielo y tierra nuevos.

Combatir temporalmente, aun a costa de la propia vida, para que triunfen en la tierra la justicia y el bien es deber moral de todo cristiano. Pero que no sueñe con ver definitivamente eli-

(31) Donoso Cortés, *Obras completas*, pág. 381, tomo II.

BERNARDO MONSEGU. C. P.

minado el mal y triunfante el bien. Ya es bastante con que se obstaculice y disminuya el mal acelerando el progreso del bien. He ahí la misión propia del cristiano: luchar por la causa del bien y de Cristo en un mundo que está puesto en el mal y que no quiere recibir a Cristo.

Consciente de que el mal triunfa por lo común naturalmente en el mundo, el cristiano se ayudará de los medios sobrenaturales para fortalecer su acción temporal al servicio del mundo sin temporalizarse ni incurrir en un naturalismo que desconoce los verdaderos fines del hombre sobre la tierra. Sin la ayuda de la gracia, aun las esperanzas terrestres del hombre que cree en el Evangelio quedarán frustradas.

“Los fines mismos de la misión temporal del cristiano, que no deben nunca confundirse, por lo demás, con la venida definitiva del reino de los cielos, ni con la consecución del término final imaginario en que culminaría el devenir terrestre, aunque sean posibles de suyo (no son, en efecto, una ilusión), no serán, sin embargo, conseguidos, de hecho, jamás de una manera definitiva y plenamente satisfactoria acá abajo. Los que luchan por ellos saben que serán siempre combatidos, no tendrán más que éxitos muy discutibles y abundarán en fracasos. Pero lo que hagan, lo harán bien, si lo hacen con sentido cristiano” (32).

Quien haya leído a Donoso no dejará de notar aquí las resonancias de las ideas de nuestro gran tribuno, singularmente las recogidas en su carta de 26 de mayo de 1849 a Montalembert, donde trata la cuestión de cómo el catolicismo enjuicia la gigantesca lucha histórica entre el bien y el mal o, como San Agustín diría, entre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo.

Para Donoso, quien afirma el triunfo natural del mal sobre el bien, y por otra, el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, no hace otra cosa que reducir a una fórmula breve y comprensiva los grandes principios del catolicismo y recoger también una gran lección de la historia. Y él tenía como evidente que *ut plurimum et in pluribus* el mal triunfa sobre el bien. Lo que, sin embargo,

(32) Pág. 297.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

no prueba nada en favor del mal, ni dispensa tampoco de seguir luchando por la causa del bien. "Y no se diga que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada; porque, en primer lugar, la lucha puede aplazar la catástrofe, y en segundo lugar, la lucha es un deber y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias a Dios de habernos otorgado el combate y no pidamos sobre la gracia del combate la gracia del triunfo a aquel que en su bondad infinita reserva a los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria" (33).

Para superar riesgos y peligros.

Es interesante hacer notar que la misión temporal propia del laico cristiano y entendida según los postulados cristianos (que obligan a ocuparse de lo temporal *sub specie aeternitatis*, sin perder de vista lo eterno, sobrenaturalizando, no desnaturalizando ni siquiera naturalizando) comporta sus riesgos y peligros.

Y esto exige dos cosas que han de tenerse muy en cuenta: primera, que el laico cristiano no se fie de sus fuerzas naturales ni de sus propias luces, sino que *se ayude* de los auxilios sobrenaturales y de las luces que le da la Iglesia; segunda, que si en casos particulares puede y debe pedir, aun para lo temporal, el consejo de un ministro de la Iglesia, ni por esto ni por lo otro queda la Iglesia comprometida ni deben los seculares pretender comprometerla en una acción propiamente temporal. La Iglesia si puede *ayudar* siempre y en su esfera espiritual a resolver los problemas que se trae el mundo, no puede nunca arrogarse una solución que compete al mundo mismo.

El laico cristiano obre siempre en *cristiano*, con su propia responsabilidad, si bien procurando informarse y formar debidamente su conciencia, intruyéndose en la verdad cristiana; y ello tanto más amplia y perfectamente cuanto más lo exija así su peculiar estado de vida, su profesión o la acción social y política que

(33) *Obras completas*, II, pág. 209.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

está llamado a desempeñar. En todas partes y en todo ha de hacerse patente su testimonio cristiano.

Todo esto vale tomando la acción laical en su genuina y bien definida significación. La misión temporal sólo es objeto propio de un sujeto laico, aunque sea laico cristiano. Esa acción, reitera Maritain, es de suyo ajena a la condición clerical. Y hasta llega a decir que ya no adecua perfectamente al laico que a más de ser eso es algo más, por ejemplo: miembro de la Acción Católica, u organismos similares.

Porque estas organizaciones, a través de las cuales los laicos *participan del apostolado de la Iglesia*, tienen por definición un objeto *espiritual*, no temporal. A juicio del *campesino del Garona*, a estas asociaciones sólo les toca la agrupación de una parte relativamente pequeña del laicado cristiano, sustrayéndola en medida bastante apreciable a la tarea propiamente temporal. Sin embargo, tales asociaciones está persuadido que son absolutamente necesarias (34).

Renovación interior.

Para que las enseñanzas y el espíritu del Concilio penetre la masa del pueblo cristiano, hay que tener ante todo atención a los deseos del Espíritu Santo. Sea lo que fuere de ese activismo a que antes hacía alusión, el hecho es que en estos momentos muchas almas mueren de sed, se hallan insatisfechas con todo eso y apenas si reciben otro socorro que el que les viene de oscuros, pero invisiblemente radiantes, hogares, donde, ya se trate de almas consagradas, ya del pueblo laico, la contemplación recibe culto sobre la tierra, y el Espíritu Santo hace sentir su soplo. Lo he dicho y lo vuelvo a decir. El titanismo del esfuerzo humano es el gran Moloc de nuestro tiempo. De ahí que una constelación de almas entregadas a la contemplación, en medio

(34) Págs. 69-70. Véase principalmente la nota.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

del mundo mismo, sea en definitiva, nuestro último rayo de esperanza (35).

“El verdadero fuego nuevo, la verdadera renovación debe consistir en una renovación *interior*. No hay que ser profeta para adivinar todo esto, basta abrir los ojos” (36). Hoy hay un exceso de masificación y de técnica, o de masificación por la técnica. Pero el espíritu humano rehuye masificarse completamente. La persona espiritual se resiste a toda clase de alienación. Y siempre habrá espíritus fuertes que impedirán que el género humano quede espiritualmente sofocado por la técnica. Como ha dicho M. Ellul, el técnico es más que la técnica. Supone al hombre capaz de modificar y condicionar la técnica. La liberación del hombre por la técnica, en que no pocos sueñan, ese sí que es un verdadero mito. Y no faltan conspicuos representantes de la técnica que se sienten angustiados por este predominio técnico y buscan ansiosamente al hombre verdadero, al hombre real, que no es sinónimo del hombre técnico.

El mismo exceso de masificación técnica llegará un momento en que motivará una reacción espiritual de tipo más humano, abrirá la puerta a una hora de auténtico humanismo, en que será respetado *todo* lo que hay en el hombre, que no es sólo materia, técnica y sexo, sino también espíritu, ética y libertad. Ante este proceso de masificación técnica a que hoy asistimos, no perdemos la esperanza en una renovación interior verdaderamente espiritual. De ella depende el porvenir de la humanidad. Lo importante es que haya quienes así lo comprendan, aunque sean pocos, porque siempre las grandes empresas se hicieron por pequeños grupos. A la larga el fermento producirá su obra (37).

Levantar los ojos al cielo.

Hay que partir de la base de que la ayuda de la gracia se hace necesaria para no perder el cielo cuando tratamos de con-

(35) Pág. 338.

(36) Pág. 101.

(37) Pág. 251.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

quistar la tierra. Se necesita el socorro de lo alto, "y se necesita el amor de la Cruz". Porque, en definitiva, cuanto voy diciendo y recordando, aunque sea malamente, no es otra cosa que la *ley de la cruz*, de esta santa Cruz de la que no está de moda hablar hoy en día desde las cátedras de la verdad. Pero la moda en cuestión es pasajera, como todas las modas. Y en todo caso *ahí está* esa ley, por más que se haga y por más que se diga.

"Y ya que me he propuesto meter los pies en el plato con la rudeza de que hago gala, y acaso (espero que no sea así) con una involuntaria insolencia, ¿para qué no decir toda la verdad? Lo que la nueva edad en que entramos espera de los cristianos es una cosa tan difícil que no es concebible pueda llegar a buen fin si en el seno mismo de este mundo y a lo largo y ancho del mundo no se multiplican los hogares de energía espiritual, de humildes estrellas invisiblemente radiantes, que serán cada una un alma contemplativa dedicada a la vida de oración" (38).

"Los Cartujos, los Trapenses, los Carmelitas, todas las grandes Ordenes religiosas contemplativas que, por ser mejor de Dios solo, adoptaron un modo de vida esencialmente *separado del mundo*, serán siempre miradas por la Iglesia como columnas necesarias de su templo, o como centros profundamente escondidos del avituallamiento espiritual sin el cual no puede pasar. En estos años postconciliares esas instituciones sienten también, por lo que yo sé, la urgencia de una renovación, para que la llama del Evangelio arda más vivamente en su propia vida, y de paso se haga cargo, en la oración y la súplica acentuadas, de las angustias del mundo, prestándole, por añadidura, aún con más diligencia, los servicios de unos trabajos accesorios congruentes con su estado de separados que siempre le prestaron, pero no, gracias a Dios, para abatir o resquebrajar lo más mínimo los muros sagrados que protegen, atrincherados del mundo, su soledad y el espíritu que recibieron de sus fundadores y del Paráclito" (39).

(38) Pág. 126.

(39) Pág. 284.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

“Hay una verdad para mí palpable: la de que es cosa de particular importancia y acaso lo que más importa en esta nuestra edad, la vida de oración y de unión con Dios llevada en el mundo no solamente por esas nuevas familias religiosas ya mencionadas, sino también por los que son llamados a esa vida en medio del siglo mismo, con toda su agitación, sus riesgos y su lastre temporal. Los llamados a ella son menos raros que uno se imagina, y serían todavía mucho más numerosos si alguien no se dedicara a disuadirlos, ya sea porque los supone incapaces, ya porque se tiene de la contemplación una ignorancia o un menosprecio tan profundos como inexcusables, ya porque se juzga de mayor urgencia comprometer a los seculares de buena voluntad en la fascinante eficacia de la acción colectiva lo más posiblemente tecnificada” (40).

No sólo los Institutos seculares, sino también los seculares con vocación religiosa y contemplativa en medio del mundo son una bendición para nuestro tiempo. Contemplar las cosas de Dios, meditarlas y meditándolas, tratar de vivirlas en sí y hacérselas vivir a los demás es ley simplemente de vida cristiana; y a ello están llamados no sólo los religiosos, sino también los seculares, porque la vocación a la plenitud de la vida cristiana se dirige a todo creyente en Cristo, y secundarla es ley y forma de vida cristiana. Maritain se apela a estas palabras del Vaticano II: “Fluye de ahí la consecuencia de que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve aun en la sociedad terrena un nivel de vida más humano” (41).

La vocación peculiar del secolar cristiano está muy lejos de agotarse con su misión temporal. Hay para él algo más que eso. Y en ese algo más está lo más sustantivo de su condición cristiana. El laico cristiano tiene en efecto dos vocaciones diferentes:

(40) Págs. 286-287.

(41) Pág. 78 de la col. de la BAC, núm. 40, *Lumen gentium*.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

una espiritual, otra temporal; y a las dos debe responder plenamente.

En su cualidad de laico, tomada la palabra como sinónimo de hombre seglar, hombre del siglo, el cristiano es del mundo y obra por el bien y el progreso del mundo. Pero en su cualidad de laico, significando propiamente al miembro del laós o pueblo cristiano, él no es de *este mundo*, está en el mundo sin ser del mundo; por consiguiente, debe obrar por el fin último, que no es el progreso mundano, sino la instauración del reino de Dios (42).

Por qué apelarse tanto a la vida interior.

Si yo insisto tanto —nos dice Maritain— en el cultivo de la vida interior, de la oración común y aislada, de la contemplación incluso, tanto para clérigos como para seglares, es porque tengo en vista un déficit cristiano en este punto.

Si consagro a este tema tantas páginas es porque espero, a fuerza de explicaciones y ponderaciones, que algún lector, de los formados, incluso, por los clérigos al día, se sienta menos escandalizado por la idea de que la contemplación entra en la vía normal del perfeccionamiento cristiano. Todo bautizado está llamado a esto que, con un lenguaje más moderno, podemos decir “experiencia amorosa de las cosas de Dios”.

Lástima que lo que es llamada universal sólo tenga respuesta en un contado número de almas por culpa de esta nuestra naturaleza caída, “tan querida a nuestros cristianos renovados por la Evolución” y por las condiciones generales de la vida humana. De ahí la estimación que debemos hacer de los que (y son menos raros de lo que a veces se piensa) se dedican a la contemplación, compensando la gran falta que de ello padece la Iglesia y que con tanta paciencia tolera Jesús en la mayor parte de su rebaño (43).

(42) Pág. 299.

(43) Pág. 336.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

Y no se imagine nadie que al hablar de estas cosas tan largamente *el campesino del Garona*, este viejo laico que se interroga a propósito de los tiempos de hoy, se olvida de su cometido.

No, no olvido lo que forma el subtítulo de mi libro. Son precisamente estas reflexiones las que más tocan a nuestro tiempo. Porque si nuestra edad no piensa apenas en estas cosas —¿y que edad de la historia se ocupó nunca mucho de ellas?—, ello no quita para que se compruebe que esto es lo que más importa, de lo que el mundo tiene mayor necesidad; y por eso mismo, de lo que debe mostrarse más agradecido a esos seres humanos que vacan a la contemplación: número relativamente pequeño, sin duda, pero que podría y debería ser mucho más grande (44).

“Pienso que el atragantamiento que hoy padecemos de acción, técnica, organización, encuestas, movimientos de masas y los recursos que la sociología nos descubren —cosas todas que estoy muy lejos de despreciar, pero que por sí solas sólo llevan a un naturalismo muy curioso, puesto al servicio, se dice, de lo sobrenatural—, ha de causar un día muchas decepciones” (45).

No es ciertamente halagüeña la perspectiva que se le ofrece hoy al espíritu en este ambiente de masificación técnica. Nuestra civilización se está convirtiendo, por usar una expresión de Rey Soto, en la maldita máquina neumática que hace el vacío al pájaro divino del alma. La mayoría de los hombres civilizados están catalépticos, si no yacen completamente muertos (46).

En su marcha vertiginosa hacia el bienestar material —escribe también Finot— la humanidad no cesa de olvidar que el progreso de las cosas no sustituye al de las almas. Por encima de nuestras necesidades materiales, múltiples y dispares, hay en nosotros un afán de esencia eterna. Nuestra conciencia quiere subir más alto, salvar los límites del devenir, comulgar con el misterio que nos penetra y rodea. El hombre —como decía Pas-

(44) Pág. 337.

(45) Pág. 338.

(46) A. Rey Soto, *La copa de cuasia*, pág. 246.

BERNARDO MONSEGU, C. P.

cal— está hecho a la medida de la infinitud. Hay que ofrecerle medios de extenderse más allá de sus necesidades puramente materiales para que dé la medida de su yo, condición esencial del progreso y de la dicha. Para que el hombre dé la medida de sí mismo, alcance el auténtico humanismo, hay que pensar sobre todo en el mejoramiento de la propia conciencia (47).

A pesar de nuestro progreso técnico, somos quizás hoy espiritualmente inferiores a nuestros antepasados de hace diez o quince siglos. Lo ha dicho Russel Wallace escribiendo, hace años, que para él era cosa incontestable “que un danés o un sajón de hace mil años bien valía, en lo espiritual, por un inglés de nuestros días”. Y también: “*We are to day in all probability, mentally and morally inferior to our ancestors.*” De ahí que resulte fácil encontrar en un labriego mucha más finura moral y más altura humana que en un habitante de París o de Nueva York. Porque “esta complicación inmensa del vivir moderno, este tráfigo monstruoso, estos estímulos sensuales que por todos lados nos punzan y solicitan, este ruido que jamás cesa, esta inquietud que siempre crece, esta fiebre de oro, de goces, de honores y de mando que constantemente sube en el termómetro social de nuestras civilizadísimas urbes, tiende a matar en absoluto toda nuestra vida interior, nuestra única, nuestra verdadera vida de hombres” (48).

Conocido es el texto de Max Scheller, según el cual, “incluso suponiendo que las ciencias llegasen a la perfección de su progreso, el hombre, como ser espiritual, podría permanecer absolutamente vacío, y aun podría retroceder hasta un estado de salvajismo, comparado con el cual todos los llamados pueblos primitivos serían helenos..., y es que la barbarie científica y sistemáticamente fundada sería la más espantosa de las barbaries imaginables” (49).

Maritain abunda en pensamiento parecido, si bien lo expresa de otra manera. Reconoce que a la verdadera liberación del hom-

(47) Finot, *Progreso y dicha*, Madrid, 1918, pág. 461.

(48) A. Rey Soto, *La copa...*, pág. 246.

(49) Max Scheller, *El saber y la cultura*, Madrid, 1939, pág. 76.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

bre no se puede llegar por la técnica, ni al auténtico humanismo, que, en definitiva, sólo está en una línea cristiana, por la acción de masa. Se necesita ante todo espíritu, vida interior y dinamismo de selectos.

Empleando medios masivos, los cristianos obtendrán, sin duda, cierto número de resultados inmediatos que halagarán a sus dirigentes o pastores. Pero echar mano con preferencia y en gran escala de todo lo que está bajo el dominio de la técnica, aunque ello se haga por los fines más elevados y con la más pura de las intenciones, equivale a acentuar la tiranía del imperialismo técnico que padecemos, con los inconvenientes que de presente ya lamentamos y, lo que es peor, con peligro de comprometer el resultado final a que aspiramos (50).

Por eso hay que hacerse a la idea de que es a base de grupos selectos de pequeños equipos, rindiendo culto al espíritu y a la vida interior, como conseguiremos la verdadera renovación y *aggiornamento* que el mundo y la Iglesia necesitan. Ellos darán con su vida y su acción testimonio vivo de las verdades de que está sedienta nuestra hora. La contemplación de estas verdades y esta testificación espiritual de la sabiduría y del amor será siempre patrimonio de selectos, cosa de pocos. Ah, pero de una eficacia insospechada. Tienen en el mundo del espíritu esa misma especie de poder increíble que tienen en el de la materia el átomo desintegrado y los milagros de la microfísica.

No hay que soñar con que la contemplación y la vida interior y la verdadera virtud y la filosofía verdadera serán siempre o serán alguna vez patrimonio de la masa. El mundo, que necesita todo eso, no lo hará nunca suyo masivamente ni lo concederá éxito publicitario. Lo importante, empero, y lo necesario es que eso exista. La antorcha iluminará aunque sean pocos los que la lleven (51).

(50) Pág. 251.

(51) Pág. 252.

El buen combate en nombre del espíritu conciliar.

Bien está que combatamos contra la rutina y la esclerosis que amenazan constantemente a todo organismo vivo, amenaza a la que no escapa ni la Iglesia misma debido al elemento humano que en ella interviene.

Contra esa amenaza la acción conciliar del Vaticano II ha sido un poderoso reactivo. Como lo ha sido también contra el encastillamiento excesivo, ya escolástico, ya apostólico, que se había enseñoreado con exceso de la vida y el pensamiento cristiano en siglos inmediatos, creando un verdadero divorcio entre la teología y la ciencia, la Iglesia y el mundo moderno.

El Concilio ha dicho "que ya estaba bien de rutinas y de aislamientos contra naturaleza. Ha señalado el camino de la renovación y de la liberación. Y la Iglesia sabrá andar bien por ese camino, no tengamos miedo (52).

Lo que sucede es que cuando se derrumban murallas carcomidas, nunca falta una chusma de aprovechados que tratan de sacar partido, pescando a río revuelto y siguiendo el viento que sopla. Son cosas que no pueden evitarse.

"Y si vemos en la hora actual tanta extravagancia, tal cúmulo de curiosas boberías cristianas (se trata al fin de la eterna estupidez que se repite) en las que toma parte un cierto número de clérigos y de religiosos que procuran hacer valer su papel de líderes, "bomberos que atizan el fuego", como decía Degas de ciertos pintores, no dejemos de echar una mirada hacia atrás, con un poco de esa sabiduría desengañada que conviene, para recordar graves errores y negligencias de un pasado no muy lejano (nos referimos sobre todo al siglo XIX) del que nuestra época está pagando las consecuencias" (53).

Pero esto dicho, hay que decir también que lo que ahora está sucediendo entre nuestros contemporáneos deja de ser bien poco

(52) Pág. 223.

(53) Ib.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

agradable. Nos duele la pasividad frente a esas corrientes de pensamiento teológico que no quieren saber nada de metafísica, ni de realismo aristotélico tomista, ni de filosofía de sentido común, ni de escolasticismo, ni de respeto a la tradición, ni de verdades absolutas. Hay frente a estas corrientes relativistas, fenomenalistas, temporalistas y existencialistas (sin hablar del evolucionismo y el furor desmitologizante) que invaden el campo de la teología católica demasiados cumplidos y reverencias.

La agudeza de la crisis que hoy padecemos es ciertamente alarmante. Y su mayor peligro estriba en que adopta un aire o nace de una siembra intelectual que perturba no sólo el comportamiento práctico, corrompiendo las costumbres, sino también el juicio del intelecto, pervirtiendo la fe y alterando la doctrina.

Mas por eso mismo, opina Maritain, que la crisis durará menos que otras que ha padecido la Iglesia. "Porque cuando la estupidez alcanza tales proporciones entre los cristianos, hay que pensar que ella se disipará pronto absorbida por un organismo sano, o bien que terminará luego separándose decididamente de la Iglesia. ¿Sabéis la estupidez a que me refiero? A la de la genuflexión ante el mundo" (54). Y lo que se aprovechó del Concilio para salir a la superficie "en una especie de explosión que no honra ciertamente a la inteligencia humana", será vencido por el mismo espíritu del Concilio tal como se contiene en su única fuente segura, que son los documentos conciliares. Concretamente, por lo que toca al tema del cristiano y el mundo, en la *Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno*.

Por lo pronto notemos —dice Maritain— que el Papa nos ha hecho notar que el *aggiornamento* no es sinónimo de ninguna adaptación de la Iglesia al mundo, como si fuera ésta la que debiera conformarse según él. Significa sencillamente la puesta al día *de las posiciones esenciales de la Iglesia misma* (los subrayados son de Maritain).

Notemos igualmente que de hecho esa Constitución pastoral está impregnada del espíritu y de los puntos de vista fundamen-

(54) Pág. 79.

tales del Doctor Angélico, lo que, para un viejo tomista como yo, no deja de enorgullecerlee (55). La Iglesia sigue fiel a sí misma y sigue recomendando la filosofía del Angélico como la filosofía por excelencia cristiana, (56). La constitución presenta la misma perspectiva fundamentalmente "ontosófica" que está en la Suma Teología, es decir, enfoca el mundo en sus estructuras esenciales y su realidad física. Visto así, es radicalmente bueno, todo es obra de Dios. Y ni la ciencia ni la técnica que perfeccionan al mundo en ese orden tienen nada de reprobables.

Pero de esa Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo nadie puede sacar más ni, sobre todo, nada contrario a lo que está en su espíritu y en la perspectiva "ontológica" aludida. Con ella se liquida definitivamente la actitud maniquea, más o menos larvada, del cristiano ante el mundo, motivo de tantas ansiedades y tantos malentendidos para el pueblo cristiano.

Mas con ella no se puede justificar de ninguna manera esa otra actitud de no pocos cristianos, clérigos y laicos, que les lleva a caer de rodillas ante el mundo. Todo lo contrario: el texto conciliar deshace y contradice todo mundanismo en el orden de la inteligencia y en el orden de la espiritualidad. Por lo que liquida y por lo que consolida, es mucho lo que debemos al Concilio, "y él señala el *comienzo efectivo* de la liquidación de la presente crisis" (57).

Sólo leyendo al Concilio con unos ojos que no son de auténtico cristiano, o comenzando por vaciarse de espíritu cristiano, se puede caer en esta idolatría temporalista o cronolatría epistemológica en que algunos caen, rindiendo culto al mundo sin discernimiento, y dejando de verlo a la luz del Evangelio, que tiene para él palabras muy graves de condenación.

Lo que el Concilio dice del sexo y del matrimonio y de lo terrestre y de lo social, ¿qué tiene que ver con este morboso interés, llevado incluso hasta la veneración, que muestran, v. gr., con

(55) Pág. 80.

(56) Pág. 239 y en general todo ese capítulo VI.

(57) Pág. 84.

TESTIMONIO DE UN HIJO DEL SIGLO

respecto al Sexo una turba de levitas votados a la continencia?
¡Qué mala prensa tienen hoy la virginidad y la castidad!

¿Qué se pretende con esa idealización del matrimonio, cuya esencia se cifra en el amor, para reducirlo a un como embelesamiento mutuo, delicia de contemplarse el uno al otro? Ya no hay nada más bello que una pareja de enamorados.

¿Qué, con la avasalladora pasión o entrega que mete a no pocos clérigos en el vórtice de las luchas sociales y políticas y raciales, con olvido de su condición evangélica y sacerdotal? Ya sabemos que hay en este terreno muchos males que remediar, y ya hemos dicho cómo debe afrontar esta lucha el seglar cristiano. Pero ni él ni menos el sacerdote deben considerar como lo más importante el bienestar temporal.

Lo que el Concilio ha dicho sobre el cristiano y el mundo no tiene nada que ver con la *temporalización del cristianismo* que muchos cristianos patrocinan y de la que dan testimonio con su arrodillarse ante el mundo de hoy, ante sus problemas, ante sus adelantos, ante sus placeres (58).

(58) Págs. 88-90.

LA ACCION
DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

POR

JEAN OUSSET.

Preámbulo.

Primera Parte: SOBRE LA ACCIÓN EN GENERAL.

Segunda Parte: LOS HOMBRES.

- Cap. I.—El más decisivo de los capitales.
- Cap. II.—Los hombres en sus grupos sociales.
- Cap. III.—Clérigos y religiosos.
- Cap. IV.—Importancia y peligros de ciertas redes.
- Cap. V.—Acción sobre las "masas".

Tercera Parte: INSTRUMENTOS Y MÉTODOS.

Observaciones preliminares.

- Cap. I.—La doctrina y el dinero.
- Cap. II.—Los medios de acción.
- Cap. III.—Ver.
- Cap. IV.—Escuchar.
- Cap. V.—Encontrarse.
- Cap. VI.—Una dificultad que hay que resolver.
- Cap. VII.—Fórmulas de acción masiva.
- Cap. VIII.—Soluciones de fuerzas y organizaciones secretas.
- Cap. IX.—Emplearlo todo, dentro del orden.

Cuarta Parte: LAS CIRCUNSTANCIAS.

- Cap. I.—Situación, circunstancias.
- Cap. II.—Cuatro formas más características de circunstancias.
- Cap. III.—El caso de nuestras ciudades pluralistas.

Quinta Parte: CONCLUSIONES Y DIRECTIVA.

- Cap. I.—Una élite de hombres.
- Cap. II.—Un cierto estilo de acción.
- Cap. III.—Notas para la acción individual.
- Cap. IV.—Notas para una acción más orgánica.
- Cap. V.—Notas para la acción de quien se da más especialmente "al estilo de acción" enfocado.

272 págs.

160 ptas.